



S. ILDEFONSO.

dado de tus herederos; ejecuta por tí mismo uno y otro sin dilacion. ¿Qué motivo hay para creer que los otros serán mas activos ni mas exactos en cumplir con nuestras obligaciones que nosotros mismos? Luego que te sientas indispuerto llama al confesor, y confésate como para morir aunque no haya sombra de peligro. Finalmente, en dando el reloj ten la piadosa costumbre de rezar el *Ave Maria*, diciendo con santa Teresa: *Ya tengo una hora menos de vida, y ya estoy mas cerca de la eternidad.* Portémonos como aquellos que estan amenazados de ladrones. ¡Qué vigilancia! ¡qué cuidado! ¡qué precaucion! El mismo Jesucristo nos enseña este medio: gran dolor tendremos si no nos aprovechamos de él.

 SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO.

Uno de los varones mas ilustres en letras y santidad que tuvo España en su verdadero siglo de oro, cuando florecieron los Isidoros, los Heladios, los Justos y los Eugénios, fué san Ildefonso, arzobispo de Toledo. Su nacimiento y aun su concepcion fueron fruto de la piedad y dádivas con que quiso Dios premiar en esta vida las limosnas y oraciones que los habian merecido. Sus padres, Esteban y Lucia, gente noble y poderosa, vivian afligidos, no habiéndoles dado el cielo, en algunos años que llevaban de casados, quien perpetuase su estirpe y heredase con su hacienda su piedad. Importunaban por tanto con ruegos, vigiliias, oraciones y limosnas la misericordia divina; y Lucia, que tenia singularísima devocion á la madre de Dios, la ponía por intercesora con una viva confianza de alcanzar lo que pretendia. Dios, que tiene dada palabra de oír los ruegos humildes, y de con-

solar al justo en su afliccion, oyó las súplicas de sus siervos, dándoles el deseado fruto de bendicion que con tanto fervor le habian pedido. Nació pues Ildelfonso cerca del año del Señor de 608, reinando á la sazón Witerico, y presidiendo Aurasio en la silla de Toledo, patria de nuestro santo.

Los años de su niñez fueron un cierto indicio de que Dios le destinaba para uno de los mayores héroes de su Iglesia. La docilidad con que oía á sus maestros, la obediencia que profesaba á sus padres, el respeto que tenia á los mayores, junto con una particular dulzura que hacia amables todas sus acciones, constituyeron un niño verdaderamente inocente. A esto se llegaba el esmero con que sus padres procuraban educarle, porque le miraban como el depósito de su sangre y de su nobleza. Su madre particularmente no perdía ocasion de inspirar en su tierno corazón un amor y devoción sólida á la Madre de Dios; y apenas tenia Ildelfonso dos años cuando ya le habia hecho aprender el Ave María, que repetía el santo niño con frecuencia manifestando la dulzura que sentía en su alma. Creció Ildelfonso, y juntamente con él la piedad, las inclinaciones santas, las esperanzas que habian concebido sus padres de su virtud y grandeza. Y para asegurarlas mejor, le entregaron á san Eugenio, que aun no era arzobispo ni se habia retirado á Zaragoza, el que como maestro suyo no solo le enseñaba las ciencias que ilustran el entendimiento, sino las que forman el corazón del hombre y le dirigen al supremo Ser.

Viendo san Eugenio los rápidos progresos que hacia Ildelfonso, y considerándole capaz de mucha mayor instruccion que la que él podia darle, le envió á Sevilla con recomendacion particular para san Isidoro, cuyos escritos y santidad eran á la sazón dos lumbreras que iluminaban á toda España, y aun vertían res-

plandor fuera de sus recintos. Aprovechóse nuestro jóven de tan buena ocasion, adelantando en su instruccion quanto se podia esperar de su talento y del sabio maestro que le cultivaba; pero al mismo tiempo no echaba en olvido que la ciencia sin la virtud hincha y ensoberbece, como dice san Pablo; y así era admirado de su preceptor y de sus condiscipulos como un ejemplar cristiano, al mismo tiempo que su ingenio, su aplicacion y su aprovechamiento le hacian respetar mas como maestro que como discípulo.

Siendo el santo de veinte y cuatro años, esto es, en el año de 632, volvió de Sevilla á Toledo, y se presentó á sus padres y á san Eugenio con mas conocimientos, pero con mas desengaños del mundo. Este le prometia sus mas lisonjeros bienes atendido su nacimiento, sus riquezas, sus prendas naturales y adquiridas, y la proteccion de los que actualmente podian ensalzarle; pero él por el contrario pensaba en despreciarlo todo, poniendo en ejecucion los deseos que desde niño habia tenido de entrar en un monasterio. Se cuenta que, faltando de su casa y presumiendo su padre que habia ido á hacerse monje, salió con alguna gente armada á detenerle en el camino, y aun á sacarle por fuerza del monasterio caso que estuviese ya en él; que Ildelfonso advirtió esto, y se escondió en el cóncavo de una peña, dando tiempo á que pasase su padre de vuelta del monasterio, persuadido ya á que se habia engañado; que luego prosiguió su camino y recibió el hábito de mano del abad; pero estando el monasterio Agaliense en el arrabal de Toledo como unos ciento y cincuenta pasos distante de la iglesia pretoriense, entre Poniente y Norte segun creen algunos, no es fácil concebir donde pudiese haber peñascales, sotos ni otros sitios cerrados é incultos donde sucedió este milagro.

Como quiera que fuese, nuestro santo tomó el há-

bito de monje con tanto gusto suyo como amargura de su padre, que, apenas lo supo, creyó haberse perdido los timbres de su casa y las esperanzas de su posteridad; pero al fin reducido á mejor consejo por las discretas y religiosas reflexiones de su mujer, quedó sosegado, y san Ildefonso quieto y pacífico en el retiro de su amado monasterio, en donde permaneció desde antes del año de 633, en que, siendo ya monje, fué ordenado de diácono por san Heladio, hasta fin del 657, en que fué sacado contra su voluntad del retiro, para apacentar las ovejas del rebaño de Jesucristo. En este largo tiempo tuvo su espíritu cuanto podía desear para emplearse enteramente en lo que le deleitaba, que eran las virtudes cristianas. Su mortificacion, su silencio, su caridad, su continua oracion y su asistencia á los ejercicios mas humildes, le hicieron reconocer fácilmente por un monje perfecto, capaz de servir de ejemplar á los demás en el oficio de abad que habia vacado; y así de nada sirvió su resistencia para que los monjes dejasen de poner sobre sus hombros el cuidado del monasterio y la direccion de sus almas.

Siendo abad, cumplió perfectamente con las dificultosas obligaciones de prelado, manifestándose afable con los humildes, compasivo con los flacos, piadoso con los miserables, con los tristes consolador, justo con los delincuentes y padre caritativo con todos. Cuidaba del adelantamiento de su espíritu y de su monasterio, sin omitir por eso el estudio de los libros sagrados, que le hacian mirar como uno de los mas aventajados doctores de la Iglesia, y otros estudios útiles y provechosos, como el de la música, en que era extremado. Este estudio le proporcionó el desahogo de su tierna devocion á la Reina de los ángeles, componiendo varias antífonas en su alabanza con una música armoniosa que suspendia con su dulzura, y encendia el corazon en los santos afectos con que

habia sido concebida; con la cual música compuso tambien dos misas á san Cosme y san Damian, titulares de su monasterio Agaliense. Por este tiempo murieron sus virtuosos padres, y el santo, amante de la virginidad, que conservó toda su vida, á proporcion del amor que le encendia hácia la Virgen de las vírgenes, empleó su grueso patrimonio en fundar y dotar un convento de monjas en un lugar cercano llamado Deibio, cuya situacion cierta se ignora.

De cada dia iban creciendo á proporcion los méritos de Ildefonso y su fama, la cual se hizo mayor con la asistencia á los concilios VIII y IX de Toledo en que manifestó su sólida piedad y portentosa sabiduria. A él se le atribuye comunmente el cánon primero del concilio X Toledano, en que se instituye en la Iglesia de España la fiesta de la Expectacion; y atendiendo á que este concilio se tuvo en el año octavo de Recesvinto, un año antes que fuese hecho metropolitano san Ildefonso, y á su devocion particularísima á la Reina de los ángeles, no carece de fundamento tan piadosa persuasion; sin embargo de que se convence mejor su piedad con los hechos ciertos que llenaron de admiracion á los fieles despues de hecho obispo. Esto sucedió en el año del Señor de 657, á principios del mes de diciembre, habiendo pasado á mejor vida su predecesor y maestro san Eugenio en 13 de noviembre del mismo año.

Solo Ildefonso pudiera haber enjugado las lágrimas justamente vertidas por san Eugenio, y llenar el vacío que con la falta de este habia de experimentar la iglesia de España. Esta se hallaba bien instruida de las sobresalientes prendas que adornaban á Ildefonso, y que le hacian el mas acreedor á la prelación de cuantos florecian en la peninsula; y así le eligió por metropolitano de Toledo con tanta aceptacion y aplauso de todos, como dolor y amargura de parte del santo

que se hallaba bien con su amada soledad. Resistió cuanto pudo; tanto, que fué necesario que el rey le obligase con alguna violencia para que se determinase á sentarse en la primera silla; pero persuadido á que Dios la llamaba á aquel honor, hubo de condescender con la voluntad divina, y tomar sobre sí tan formidable carga.

Consagrado metropolitano de Toledo, comenzó á esparcir rayos de luz como un sol brillante en medio de su carrera, ó como la luna en su mayor llenura. Misericordioso con los pobres los socorria con abundantes limosnas, sin que hubiese viuda, huérfano ó desamparado que no hallase en él un padre benéfico. Sus ojos se dirigian á todas partes; en donde quiera que encontraba el mérito le premiaba, y con la misma igualdad corregia ó castigaba donde quiera que hallase los delitos. Era agudo en las disputas, y tan elegante y copiosa su manera de decir, que parecia que Dios hablaba por su boca, segun asegura san Julian en su vida, y Cixila, varon insigne en santidad y letras, que tambien fué cronista suyo. Mostróse bien esto, porque, habiendo pasado á España de la Galia gótica unos herejes, que, siguiendo la doctrina de Helvidio, negaban la virginidad perpetua de Maria, san Ildefonso los confutó, escribiendo un libro maravilloso de este argumento, y los obligó á salir de España. Agradóse tanto la Madre de Dios de este servicio, que, estando el santo en fervorosa oracion, se le apareció la piadosa Virgen con el libro en la mano, y se dignó de dar gracias á su siervo por el valor, zelo y sabiduria con que habia defendido su virginidad.

A este celestial favor que el santo habia recibido en secreto, se siguió otro sumamente público. Concurrieron al templo de santa Leocádia á celebrar su dia el rey, la clerecia é inmensa multitud del pueblo; y estando san Ildefonso orando inmediato al sepulcro

de la santa, que entonces se ignoraba, he aquí que repentinamente se levanta por virtud superior una losa del pavimento que dificultosamente podrian moverla treinta jóvenes robustos. Sucesivamente sale del sepulcro la santa, cubierta de un delgadísimo y cándido velo, y llegando á Ildefonso, le abrazó y dijo en alta y clara voz: *Por la vida de Ildefonso vive mi Señora*. El pueblo se conmueve todo absorto de admiracion y de alegría: todo era dar á Dios gracias y bendiciones; y el clero entonaba *alleluyas*, repitiendo el cántico que el santo prelado habia compuesto para la solemnidad de la Virgen Maria, y de que usa hoy toda la Iglesia. Tenia san Ildefonso asido el velo de la santa virgen, y clamaba con ansia que le diesen con que poder cortarle un pedazo para memoria de milagro tan portentoso. Recesvinto que lo advirtió, alargó un cañavete que traia á la cintura, con el cual cortó san Ildefonso una porcion del velo que tenia asido, custodiando despues la reliquia y el cuchillo en una caja de plata. Desapareció la santa, y celebraron su solemnidad con el fervor, alegría y devocion que es facil concebir despues de haber recibido favores de tan superior orden.

Con estos regalos celestiales se encendia mas y mas el corazon de Ildefonso en el amor de Dios, de que estaba abrasado, y en el obsequio de su Madre santísima, cuyo honor con tanto empeño habia defendido. Multiplicaba las limosnas, los ayunos, las vigiliass y todas las obras de piedad. Estudiaba y predicaba incessantemente, con especialidad en las festividades de la Virgen; y deseando que sus ovejas se dispusiesen con el mayor fervor para celebrar la nueva solemnidad establecida por sugestion suya en el concilio X, mandó que se celebrasen tres dias de letanias con ayuno antes de la fiesta de la Expectacion; la cual en el concilio dicho se llama fiesta de la Encarnacion

del divino Verbo. Ejecutóse así, y la piadosísima Virgen, agrada y complacida sumamente de los obsequios de su siervo, quiso dar nuevas pruebas de la ternura con que le amaba, haciéndole un regalo de los tesoros celestiales de su Hijo, que fué al mismo tiempo un testimonio auténtico de la santidad y superiores méritos de san Ildefonso. Ya habian precedido los tres dias de letanias y ayuno para la solemnidad de la Virgen; el santo, encendido en su amor y en su servicio, habia previamente dispuesto que se leyese en su oficio el libro de la purísima Virginitad, escrito en estilo salmódico, propio para el canto eclesiástico, y compuesto de testimonios del viejo y nuevo testamento. Habia acabado en aquellos dias una misa que se debia cantar en aquella solemnidad, cumpliendo de este modo la prevencion del concilio, que disponia se celebrase la nueva festividad con el mas solemne rito y magnificencia religiosa que fuese posible.

Yendo pues el santo acompañado de mucha gente que le precedia con hachas encendidas á cantar los maitines de media noche, llegaron todos á la iglesia; abrieron las puertas los que iban delante con las hachas, y vieron tal golpe de luz extraordinaria y divina, que, no pudiendo sufrir con ojos mortales el excesivo y desusado resplandor, se quedaron medio muertos; cayéronseles de las manos las luces, y absortos, atónitos y sorprendidos, solo tuvieron espíritu para huir, dejando á san Ildefonso solo. Entró el santo en la iglesia, y aunque la luz celestial que iluminaba no dejó de llevarle la atencion, con todo eso se dirigió adonde acostumbra, y puesto de rodillas comenzó á hacer oracion. Suspendióle la celestial armonía con que los espíritus angélicos entonaban cánticos á su Reina, y volviendo los ojos hácia la silla donde acostumbra sentarse á predicar, vió sentada en ella á la Madre de Dios, Maria santísima, cercada de resplan-

decientes y purísimos coros de virgenes, los que con infinita multitud de ángeles alababan á su Señora. Quedóse el santo suspenso, clavados sus ojos en la Madre de Dios, la cual con semblante benigno y amigoso le dijo estas palabras: *Ven acá, buen siervo de Dios, recibe de mi mano este pequeño don que te traigo de los tesoros de mi Hijo, que es justo tengas un vestido sagrado y bendito en los cielos, para que uses de él solamente en mi dia. Y sabe que por haber tenido siempre los ojos de la fe fijos en mi servicio, y haber inspirado dulcemente en los corazones de los fieles mis alabanzas, no solo te adornarás en esta vida con este precioso vestido de la Iglesia, sino que en la vida eterna te regalaré con otras dádivas en compañía de otros siervos de mi Hijo.* Dicho lo cual, desapareció la piadosa Reina juntamente con la luz, los ángeles y virgenes que la habian acompañado, dejando al santo absorto y anegado en la delicia incomprendible de tan divinos favores.

Los que habian acompañado á san Ildefonso, volvieron, solícitos de saber qué cosa le habia pasado en aquella celestial vision; y le hallaron orando y dando á Dios humildes gracias por su dignacion y la de su Madre santísima. Vieron tambien la casulla celestial; y divulgado por toda la ciudad el milagro, concurrió al dia siguiente infinita multitud de pueblo á la iglesia, celebrando los oficios divinos con tanta devocion y tan copiosas lágrimas de ternura, que parecian los fieles mas ángeles que hombres. En la iglesia de Toledo se conserva todavia una piedra en donde es tradicion puso sus virginales plantas la Reina soberana, la cual adora todo cristiano como preciosa reliquia. La casulla fué custodiada en el sagrario de Toledo hasta la perdicion de España. Entonces se trasladó con otras preciosas reliquias á la catedral de Oviedo, en donde permanece. Se refieren muchos milagros de esta preciosa vestidura; entre ellos, que habiéndosela querido poner

Sisberto, prelado de Toledo, acabó mal, pues en el concilio XVI de Toledo fué depuesto de su dignidad en pena de su soberbia, que le condujo al execrable delito de rebelion contra su monarca.

Despues de la descension de la virgen María vivió san Ildefonso poco tiempo, empleándole con mas ahinco en el cumplimiento de su oficio pastoral y en el ejercicio de todas las virtudes que le habian hecho digno de los favores divinos que quedan referidos. Su contemplacion era tan continua y tan intensa, que á ella mas que á otra cosa se debe atribuir su preciosa muerte, que sucedió á 23 de enero del año del Señor de 667, y 18 del reinado de Recesvinto, habiendo gobernado la iglesia de Toledo nueve años y casi dos meses. Su sagrado cuerpo fué sepultado en la iglesia de santa Leocadia á los piés de su predecesor san Eugenio; pero al presente se venera en Zamora, adonde fué trasladado con motivo de la irrupcion de los Sarracenos. Fué de estatura gentil, y de una varonil hermosura, que le hacia amable aun por el semblante: á esto se llegaba un modesto y venerable aspecto que causaba reverencia, una dulzura de genio y de costumbres que encantaba, y una suavidad en el trato, junta con una continua alegría, que robaba los corazones de todos, tanto en el estado seglar y de monje como en el de obispo.

Escribió muchas obras, bien que no todas quedaron concluidas, por causa de que se lo impidieron varias ocupaciones y molestias, como dice san Julian en su vida; sin embargo, las que andan impresas dan un testimonio de su profunda humildad, de su amor y ternura á la virgen María, de su vasta erudicion sagrada y profana, y del gusto y zelo con que reformaba y promovia la disciplina eclesiástica: por todo lo cual mereció justamente ser apellidado en vida nuevo Crisóstomo, oráculo del cielo, luz de doctores

y otros títulos que muestran el aprecio en que fué siempre tenido, y con cuanta razon le regaló la Virgen soberana visitándole en persona y asegurándole de otros mas dulces y apetecibles regalos, que al presente goza en las mansiones eternas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Barcelona, san Raimundo de Peñafort, cuyo tránsito se celebra el día 7 de este mes.

En Roma, santa Emerenciana, virgen y mártir, la cual no siendo aun mas que catecúmena, fué apedreada por los gentiles mientras estaba orando sobre el sepulcro de santa Inés, que habia sido su hermana de leche.

En Filipos de Macedonia, san Pármenas, uno de los siete primeros diáconos, que, habiéndose entregado á la divina gracia para no seguir mas que su direccion, se aplicó con una entera fidelidad al ministerio de la predicacion que le habian confiado los apóstoles, y llegó bajo Trajano á la gloria del martirio.

En Cesarea de Mauritania, los santos mártires Severiano y Aquila su mujer, que fueron entregados á las llamas.

En Antinoe, ciudad de Egipto, san Asclas, mártir, quien despues de varios tormentos fué precipitado en el rio, donde rindió su alma á Dios.

En Ancira, en Galacia, san Clemente, obispo, que, habiendo sido muchas veces probado con diversas torturas, consumó en fin su martirio bajo Diocleciano.

En el mismo sitio y el mismo dia, san Agatángelo, que sufrió la muerte bajo el presidente Lucio.

En Alejandria, san Juan el Limosnero, obispo de esta ciudad, tan célebre por su ardiente caridad con los pobres.

En Toledo, san Ildefonso, obispo, á quien por la inocencia de su vida, y por haber defendido contra

los herejes la virginidad de la Madre de Dios, la misma Señora le dió de su mano una blanquísima vestidura; y últimamente, despues de haberse hecho célebre por su santidad, fué llamado al cielo.

En el Abruzo citerior, san Mártir, solitario, de quien hace mencion el papa san Gregorio.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui per gloriosissimam Filii tui Matrem beatum Ildephonsum confessorem tuum atque pontificem, misso de thesauris cœlestibus munere decorasti: concede propitius, ut per ejus preces et merita munera capiamus æterna: Per eundem Dominum nostrum...

O Dios, que por medio de la Madre gloriosísima de tu Hijo honraste al bienaventurado Ildefonso tu confesor y pontifice, enviándole un don precioso de los tesoros celestiales, concédenos benigno que por su intercesion y merecimientos consigamos los dones eternos: Por el mismo Jesucristo nuestro Señor...

La epistola es del capitulo 4 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos, et mortuos per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obseca, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila,

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques y amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oír la verdad, y se convertirán

in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no quieran sufrir la sana doctrina. Quizá se pensará que está muy lejos de nosotros este tiempo desgraciado de que habla el apóstol; mas para creerlo así era necesario ver que fuese generalmente bien recibida la sana doctrina. ¿Qué se piensa de un predicador cuando en desempeño de su sagrado ministerio combate las supersticiones, los abusos, las falsas devociones que reinan en el pueblo, pero que ceden en beneficio de algunos particulares que tienen interés en sostenerlas? Se dice que esto es destruir la piedad, que es alterar la creencia del pueblo; que á este se le debe dejar en su buena fe, como si la piedad cristiana debiera apoyarse en fábulas y mentiras injuriosas por todos respectos á la misma Religion que las detesta. ¿Es mejor recibida la sana doctrina del que hace ver los evidentes peligros que ocasionan á la conciencia los teatros, los espectáculos sangrientos, ciertos bailes y algunas concurrencias de donde no puede menos de salir manchada la inocencia? ¿Se verían tan frecuentados estos lugares de disolucion si se viese bien recibida entre los

cristianos la sana doctrina? No parece sino que el ser uno católico cristiano no consiste mas que en saber el simbolo y lo que se debe creer, y descuidar totalmente de lo que se debe practicar. Ya se ve: el simbolo no está en guerra con las pasiones, y se quisiera que el decálogo se convirtiese en artículos de pura creencia. Dígase á una de esas personas mundanas que la Virgen santísima no es Madre de Dios, se irritará, se enfurecerá, y dirá que perderá la vida en defensa de lo contrario; pero dígasela que debe mortificarse y llevar la cruz de Jesucristo, se la verá disculparse, santificarse, y asegurar que en nada halla peligro; ¿y es esto algo mas que una lijera sombra de cristianismo?

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el dia XVI, pág. 286.

MEDITACION.

DE LOS DAÑOS QUE CAUSA EL LUJO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por mas que se declame y se haga patente á los ojos de cualquier hombre de mediano juicio la necesidad de sostener un lujo que arruina las casas y familias, es tan fuerte la preocupacion á favor suyo, que llega á tenerse por virtud entre sus apasionados. Nada importa que la santa escritura, los padres y doctores le abominen; de nada sirve que la razon y la experiencia se reunan para hacer palpables sus estragos. El lujo; quién lo creyera! tiene apologistas entre los cristianos, que han hecho solemne renuncia de las galas y vanidades del siglo: el lujo, se dice, es el alma del comercio, es el nervio de los estados, es el que da ocupacion á una infinidad de artesanos, que morirían sin él á manos de la indigencia; el lujo, se dice, es el azote de la holgazaneria.

el destructor de la avaricia, el padre de las artes y el apoyo de la felicidad de las repúblicas. Pero, bien examinadas, ¿tienen alguna fuerza estas exageradas ponderaciones? ¿pueden hacer otra cosa que seducir á los incautos y á los que no se paran en reflexionar las cosas como son en si mismas? Los imperios mas florcientes del mundo comenzaron todos por la frugalidad, y se arruinaron por el lujo: los Persas, los Asirios, los Griegos y los Romanos no tuvieron otro origen ni otro principio de su fatal decadencia, como lo acreditan sus historias: nunca está mas debil un reino que cuando mas brilla en él un lujo desmedido; y si esto es evidente respecto á una nacion entera, ¿qué sucederá con las familias particulares? ¿Cuántas quiebras ruidosas no padecen los mas sanos caudales? ¿cuántos enlaces ventajosos no impide el lujo cada dia? ¿Qué trastornos, qué inquietudes, qué disgustos, qué disensiones eternas no fomenta el lujo en muchas casas y familias? ¿De cuántas injusticias, de cuántas infamias no es la causa? ¿de qué artificios no debe valerse el que tiene que aparentar una ostentacion que le arruina interiormente?

Pero el lujo fomenta una multitud de manos que vivirían en la ociosidad. Bellamente: no se puede negar que es un bien imponderable que se dé ocupacion á los ociosos, que se ejerciten los talentos útiles y que se fomenten las artes; ¿pero no hay su mas y su menos en esta ocupacion de manos y talentos? ¿Qué utilidad nos traen tantos artífices del lujo y de la vanidad, tantos talentos inútiles y aun nocivos que no tienen otro objeto que las nuevas invenciones con que cada dia se disipan los caudales mas lucidos? ¿Son realmente necesarios esos innumerables ministros de la vanidad, que únicamente se emplean en llenar de polvo y de inmundicia los cabellos, adornándolos y rizándolos contra el precepto del apóstol, y en dar